



PRINCESAS BLANCAS

EL MENSAJERO III

MANUELA RIBÓ

Mael regresa a la costa levantina para desarticular la red de trata en la que se vio involucrada Rossi años antes. Tras vigilar el prostíbulo logra una pista fiable y llama a su antiguo jefe de grupo para que le ayude a valorar las circunstancias. Son descubiertos y, al escapar, se pierden parte de las pruebas. Mael, sin saber quién lo ha traicionado, desaparece del Mediterráneo, pero la situación empeora cuando averigua que la identidad de la joven agente francesa con la que se ha topado en su huida, también fue descubierta por un topo. Mael vive para vengarse y desarticular la red de trata. Sabe que para mantener a salvo a las personas más importantes de su vida debe alejarse de ellas. Sin embargo, todo cambia y decide volver a Galicia cuando el jefe de la red encuentra su teléfono.

PARA MIS LECTORAS CERO:
NOELIA
CLARA
ANGI
MAR

Capítulo I

–Rossi... –susurró Mael a la vez que recogía el laxo cuerpo con delicadeza–. Rossi, cariño, aguanta un poco más... –pidió rodeando su cuello para erguirla levemente de la cama–. Rossi... Rossi, cariño, todavía no... –Bajó la mejilla hasta apoyarla en su cabeza. Restregó la cara en su pelo con mucho cuidado tal como se había acostumbrado a hacer a lo largo de los años para no rozar su delicada y blanca piel con su poblada y densa barba–. Rossi, Rossi, mi vida... –sollozó–. ¡No te vayas! –rogó al fin roto por el llanto, el desconsuelo y la pena.

El pitido del monitor entró en sus oídos y los perforó inexorable hasta que su cerebro no tuvo más remedio que procesarlo. Aquella ignorante caja de plástico y metal insistía en informarlo de lo que no quería aceptar, lo que llevaba años rehuyendo: la muerte había llegado.

Mael negó una vez más, apretó con fuerza el cuerpo inerte contra su pecho, la rodeó con desesperación tratando de transmitirle un poco de vida a aquella tan querida que yacía entre sus brazos. Aunque fuese una vida como la suya: de mentiras, de tiempo prestado, de huida, de venganza y de justicia. No importaba; la vida era vida y, en aquel momento, él daría con gusto la suya a cambio de poder vivir con ella un poco más.

La separó un poco, miró su pálida tez. No había podido transmitirle nada. Negó con la cabeza a la vez que depositaba a su esposa con cuidado sobre la almohada. No quería que nadie lo viese luchar para perder de esa mane-

ra y sabía que la enfermera vendría en cualquier momento, los habían dejado a solas para que su último adiós fuese solo de ellos.

Apagó la máquina, no soportaba el horrible pitido que daba constancia de que la vida de la mujer se había acabado; de que se había consumido como una vela.

Volvió a negar con la cabeza para esquivar de algún modo la inminente situación. No podía procesarlo, todavía no. La parte que susurraba en su mente que aquello significaba una merecida y digna tranquilidad a su sufrimiento era muy débil y fácil de ignorar. No quería reconocer que lo mejor para ella era dejarla marchar.

En realidad, los últimos años habían sido muy duros. Se habían alternado períodos en los que había estado muy enferma con otros lineales de estabilidad. Largas temporadas en las que, cuando tenía un brote, era superada por una enfermedad que la postraba en una cama de hospital durante días. Finalmente fue incluida en un tratamiento experimental con el que había mejorado mucho y eso le había dado la oportunidad de una vida tranquila a toda la familia. Una tranquilidad que habían pagado muy cara, pues su hígado, dañado tras tantos años de consumo forzado de drogas, no había resistido más que los trece primeros meses de tratamiento. De hecho, las últimas semanas las habían pasado en el hospital.

Mael escuchó que la puerta se abría a su espalda y, tras unos pasos silenciosos, vio que Laura aparecía casi a los pies de la cama en la que yacía su único amor.

Agradeció el silencio de su jefa y amiga, agradeció el consuelo de su compañía y, sobre todo, agradeció haberla conocido. Esa mujer había cambiado su vida. No. No la había cambiado, se la había proporcionado. Justo cuando se encontraba en el agujero más profundo en el que puede estar un ser humano, aquella mujer le había tendido la mano llevando luz, después amistad y finalmente se había

convertido en una parte de su familia. La única persona del mundo en la que podía confiar.

Mael acarició la frente de su esposa despejando los pelos del flequillo. Siempre le había parecido hermosa. Incluso, tras esos meses de enfermedad, mantenía una serena belleza tanto en los pómulos altos como en el arco de sus cejas, rasgos que lo habían conquistado desde la primera vez que la vio. En ese instante lucían demasiado marcados, quizá por las mejillas hundidas que antes afilaban hacia su puntiagudo mentón o las oscuras ojeras que maquillaban su rostro.

Se agachó, apoyó ambos codos cerca de sus hombros y, una vez más, recorrió su rostro con las yemas de los dedos para memorizar el tacto de su piel. Y por última vez repasó cada peca, cada lunar, sus labios reseco, la pequeña barbilla hasta su esbelto cuello. La puntilla de su camión rosa le rozó los dedos meñiques. Mael, invadido por una tristeza indescriptible, deseó borrar todo el dolor del momento. Deseó que su mujer no se hubiese muerto, deseó que su pasado no la hubiese matado y deseó también que el tiempo de la venganza no hubiese llegado.

A lo largo de todos esos años se había esforzado por mantenerse al margen y había guardado las distancias para que su familia estuviese a salvo. Pero en ningún momento había dejado de preguntarse si el sujeto que lo había traicionado seguía vivo, si seguía activo y a dónde pertenecía, pues a esas alturas y con la magnitud alcanzada a nivel mundial con el tráfico de personas, ya estaba seguro de que tenía que ser alguien de dentro. Y ya que él no había tenido muchos amigos en el cuerpo, no lograba saber en quién podía confiar.

Había contactado pocas veces con el jefe de su unidad para averiguar cómo iba la investigación, pero Javier había seguido la misma dinámica en cada llamada: le pedía pruebas de la antigua operación fallida, insistía en averi-

guar dónde se encontraba y, al final, acababa preguntándole si necesitaba algo, a lo que Mael siempre negaba.

Las llamadas que el mensajero hacía eran esporádicas y de duración controlada. Aprovechaba su trabajo y, con motivo de algún reparto fuera de la ciudad o incluso de la provincia para el que se ofrecía voluntario, buscaba siempre la manera de comunicarse con él. Al final, Mael llegó a la conclusión de que no habían avanzado nada desde el momento en que había solicitado la excedencia. Su jefe siempre le había pedido las pruebas que había conseguido en el prostíbulo la última noche y Mael siempre contestaba que no había encontrado nada más. Aunque no fuese verdad y se hubiese guardado algo para él, sí que les había entregado objetos para investigar después de haberlos examinado y fotografiado él mismo. Pero para Javier parecía no ser suficiente.

De ese modo, Mael, sin saber de quién podía fiarse y de quién no, nunca había dado pistas ni sobre su paradero, ni sobre lo que podía tener en su poder, ni sobre lo que podría haber averiguado. Y mientras no supiese quién lo había descubierto y quién había puesto en peligro toda la operación, incluidas varias vidas, no tenía pensado hacerlo de otra manera.

El sonido que hizo la puerta al abrirse lo trajo al presente.

–Señor...

–Todavía no... –rogó Laura moviéndose hacia la enfermera—. Solo un minuto más, por favor.

–Está bien –aceptó la mujer mirando hacia la cama. La luz de la compasión tiznó su mirada, dulcificándola. En los años que llevaba trabajando en aquel lugar, no había logrado acostumbrarse al dolor de la despedida. En las últimas semanas que la paciente había permanecido en el hospital, había visto a la hermosa pareja día tras día y, de algún modo, se había esperado que aquel hombre dejase marchar a su esposa con calma, con dignidad.

Lo había visto sujetándole la mano cuando ella se retorció de dolor, le apartaba cariñosamente los cabellos de la cara cuando ella se revolvía inquieta por alguna pesadilla y, cada noche de cada día que había estado ingresada, él había ocupado la silla de al lado.

Lo que más llamaba la atención de la enfermera no tenía nombre, era solo una sensación, era un escalofrío. Desde el pasillo, entre ronda y ronda, alguna vez se le había puesto la piel de gallina al advertir, sin querer, los fríos e iracundos ojos que aquel hombre mostraba cuando la paciente dormía. Desaparecía la dulzura, la suavidad y la amabilidad de sus facciones y todo el rostro del hombre se volvía de piedra, aquella nariz curvada y la boca cerrada con tanta fuerza que se podían distinguir los maseteros en ambas mejillas apretando con fuerza su mandíbula y tragando todo lo que tuviese el poder de hacerlo explotar.

El hombre se contenía. Fuese lo que fuese que llevase en su interior, parecía que lo quemaba por dentro.

Capítulo II

Mael, desde su escondite, observó la puerta del prostíbulo una vez más. Sentía el cansancio y el sopor del aburrimiento ante la ausencia de acontecimientos. En los primeros días había dado varias vueltas por el barrio y constatado que apenas había cambiado nada en todo el tiempo transcurrido. Había algún nuevo bajo comercial cerrado, la frutería se había convertido en una tienda de congelados y el pequeño supermercado de la esquina conservaba los reducidos carritos de acero que contrastaban con los enormes y modernos de las nuevas áreas comerciales.

Habían pasado unos once años desde que llegó al Mediterráneo español para llevar a cabo aquella importante misión de incógnito. Era una operación a nivel europeo y en su Comisaría, igual que en otras, habían solicitado su cooperación para lograr acabar con la red de trata de mujeres y niños que se extendía por toda Europa y algunas zonas de África.

La operación era secreta; tanto que solo el comisario y el jefe de su unidad estaban informados. Mael había sido escogido por una serie de circunstancias externas: no tenía hijos, acababa de romper con su novia y su aspecto de hombre feroz listo para atacar en cualquier momento lo favorecía enormemente. Además de ello llevaba más o menos un año en el cuerpo manejando robos, hurtos y delitos menores, nadie lo echaría de menos.

Recordó el calor y la incomodidad de aquel coche, se había pasado los primeros meses vestido con vaqueros

cutres y camisetas desgastadas. El impecable corte de los trajes sastre que le encantaba vestir para salir a cenar o a tomar una copa con la que había sido su pareja se había relegado hasta el fin de la operación. Todo, junto con su verdadera identidad y su antigua vida, se había quedado encerrado en su ático del centro de Madrid.

Mael se pasó las manos por la cara en un vano intento de volver al presente; pero su cabeza lo traicionó y lo catapultó a casi un mes antes, al momento justo en que, tomando a sus dos hijas de la mano, se las llevó al jardín de Laura y, sentados los tres sobre el césped, las animó a que se despidiesen de nuevo de su madre.

Lo habían hecho la semana anterior en el hospital y, desesperadas por la separación, habían llorado todos los días al recordarla.

Mael, acunando sus cabecitas sobre el pecho, les había contado que su madre se había ido con una hermosa sonrisa, contenta y feliz por haberlas conocido y agradecida por los años que habían compartido. Les dijo que las amaba de todo corazón y que, desde el cielo, seguiría amándolas y cuidándolas hasta el fin de sus días.

Las pequeñas sollozaban por la certeza que conllevaban aquellas palabras. Su madre, su amada madre, había muerto.

Tras las amargas lágrimas quiso contarles que se había ido sin dolor, sin llorar y que aquello ponía fin a un larguísimo período de sufrimientos, pero no fue capaz. Se limitó a hacerles entender lo muchísimo que él también las quería y que todo mejoraría poco a poco.

Tampoco en ese momento pudo decirles que se tenía que marchar. Tenía que vengar la vida de Rossi, la de Maura y la de todas las mujeres y niñas que habían sido arrebatadas de sus casas o atraídas con engaños y mentiras para después sufrir todo tipo de maltrato, acoso y vejaciones.

Sacudió la cabeza para despejar el recuerdo tan doloroso de aquella tarde, sin embargo, volvió a sentir la camiseta humedecida en su pecho por las lágrimas de sus amadas hijas, incapaz de tomar aliento, negó sus circunstancias.

Entristecido por el recuerdo notó cómo los ojos se le cerraban cansados e irritados tras tantas horas de vigilia, pero no se dejó vencer, levantó la vista al cielo estrellado; no podía flaquear. Hacía demasiado tiempo que se había prometido a sí mismo que volvería y haría justicia. Desde el instante en que tuvo que abandonar aquel lugar con sangre inocente en las manos, la sensación de insuficiencia había empañado cada circunstancia, nada de lo que pudiese hacer parecía bastante. La impresión de cuenta pendiente lo acompañaba allá donde iba. Llevaba años pagando su penitencia por situaciones y actos que escapaban a su control.

Mael amaba a sus hijas por encima de todo y solo se había atrevido a dejarlas lejos porque sabía que estaban tan bien cuidadas como si estuviesen en sus propias manos. Lo sabía, no obstante, había sentido la necesidad de asegurarse de ello. Aquella mañana en la que veía más cercano el desenlace de la vida de su esposa, había acudido a Laura en busca de una promesa. Estaba seguro de que la mujer nunca le negaría lo que iba a pedirle, pero el puño que aferraba su pecho impidiéndole tomar aliento clamaba por oírla asegurando y prometiendo lo que había ido a buscar. Volvió a su mente toda la conversación, no había olvidado ni un detalle.

—Señora, tenemos que hablar —había dicho Mael entrando en el despacho de Laura.

—Claro, Mael, dime... —La mujer había advertido la seriedad del tema en su tono de voz—. Siéntate —había propuesto señalando uno de los sillones que tenía enfrente y dándole pie así para continuar.

–Tengo que pedirle algo... –había titubeado pasando ambas manos por su rostro cansado—. Yo... Yo... Necesito que cuide de mis hijas...

–Claro, Mael, por supuesto que...

–No –tuvo que interrumpirla—. No lo entiende. Necesito que las cuide de verdad.

–A ver... –Laura se había levantado y rodeado la mesa hasta ocupar el sillón vacío a su lado. Podía ver en su rostro que el que le hablaba se había convertido un desconocido para ella—. Mael, déjame decirte que a tus hijas nunca les va a faltar de nada. ¿Vale? Ni hoy, ni mañana, ni pasado...

–Me tengo que ir... –había murmurado él con voz temblorosa.

–Vale. ¿Cuánto tiempo? –Laura había mirado el calendario que había a su derecha.

–No lo sé...

–Vale, Mael, me estás asustando un poco... –Tras una pausa en la que solo hubo silencio ella quiso continuar la conversación—. Dime lo que sucede.

–Es que... –había negado con la cabeza incapaz de hablar más.

–Cuidaré de tus hijas y cuidaré de Rossi... –había asegurado ella con voz temblorosa—. Pero necesito saber qué está pasando.

–No... –había negado de nuevo—. No. A Rossi no le queda mucho tiempo. En cuanto ella... En cuanto ella...

–Se había tapado la cara con las manos y había sollozado abrumado. Abrumado por la pena, abrumado por la rabia, abrumado por el miedo.

Laura había abrazado sus hombros caídos mientras le susurraba palabras de comprensión y esperanza. Sabía que él ocupaba un lugar muy importante en su vida, que era como el hermano que nunca había tenido y también que no sabía cómo ayudarlo. Pocos minutos después del

llanto, lo había animado de nuevo a contarle lo que pasaba.

–Vamos, Mael, cuéntamelo.

–Yo era policía... Fui, lo soy, ni siquiera sé cómo están las cosas ahora, hace muchos años que pedí una excedencia y después desaparecí...

–Vale, entiendo, sigue y tutéame.

–No puedo contarle mucho más, la pondría en peligro...

–La ignorancia nos pone en peligro; cuéntame lo que puedas, joder.

–Yo me infiltré desde lo más bajo para averiguar algo sobre la trata de blancas en España y algo salió mal... Muy mal.

–¿Te descubrieron?

–Sí, pero por un topo. Un chivatazo respecto a mi verdadera identidad... La noche que huíamos, dos testigos y yo, nos tendieron una trampa... –había negado una vez más sin comprender ni aceptar lo que había pasado—. Alguien dio el chivatazo sobre mí y nos estaban esperando. Una testigo murió; solo Rossi y yo...

–Entiendo, ¿qué más?

–¿Qué más? –había repetido la pregunta extrañado—. Cuando supe que había un topo solo pude huir. Primero pedí una excedencia, pero al ver que no ataba cabos tuve que vivir en el anonimato y en la clandestinidad y como usted ya sabe, cada vez peor...

–Pero, Mael, no lo entiendo, ¿no sabes quién puede ser el topo? ¿Crees que es alguien de tu Comisaría?

–Puede ser cualquiera... era una operación a nivel europeo y empezaba también a alcanzar el continente africano. Una blanca, allí, no tiene precio.

–Ya... –Laura había tragado saliva. Él sabía que le estaba dando demasiada información pero estaba seguro de que si alguien podía procesar todo eso era ella—. A ver: ¿cómo te puedo ayudar?

–Con mis hijas. Eso es para mí lo más importante. ¡No puedo permitir que la persona que me ha traicionado sepa siquiera que existen! –Había ido alteando la voz a medida que hablaba–. ¿Entiende? –había explotado desesperado sin darse cuenta de que estaba aferrado a su mano.

–Las protegeré con mi vida, Mael. Lo prometo –había asegurado Laura sin moverse.

–Cuando Rossi... Cuando Rossi se muera, me marcharé –consiguió decir sin emoción en la voz–. Compraré un teléfono desechable y las llamaré de vez en cuando... –En aquel momento solo con pensar en abandonar a sus hijas le faltaba el aliento–. Le va a tocar a usted lo más difícil: custodiar mis tesoros... –Se había tapado la cara con las manos y había llorado allí toda la pena que lo embargaba. No solo estaba a punto de perder a su mujer sino que iba a abandonar a sus hijas.

–Las cuidaré, Mael, te lo juro. Solo quiero pedirte una cosa, quiero que les digas que te vas. No las vas a abandonar, ¿vale? Vas a solucionar un asunto y volverás en cuanto puedas, pero no te marches sin despedirte, eso sí podría destrozarlas.

Mael negó con la cabeza al recordar la petición de Laura. Ni siquiera sabía cómo iba a hacerlo, ni siquiera había pensado en tener que hacerlo, pero no podía negárselo. Era lo único que aquella mujer le había pedido en todos los años que hacía que se conocían y no le quedó más remedio que aceptarlo, pero con una pequeña condición, que lo haría cuando estuviese preparado. Giró la cara hacia el enorme rótulo del prostíbulo y releyó en voz muy baja:

–Bola de billar –condenó el nombre con el tono despectivo de su voz. Al lado del letrero había lo que pretendía ser una forma obscena representada por dos bolas y en el medio una vara de billar. Era ridículo, era patético. ¿A qué lumbrera se le habría ocurrido algo tan cutre?

Apoyado en una de las viejas farolas miró a su derecha con movimientos cortos y rápidos para memorizar toda la calle, los coches que transitaban o los escasos paseadores nocturnos. Eran las tres de la madrugada y aunque en algunas zonas reinaba la oscuridad, sabía de sobra que no estaban desiertas. Al contrario, había un movimiento bastante preocupante, teniendo en cuenta que justo delante de sus narices, a siete metros para ser exactos, había un prostíbulo.

Vestido con un ajado chándal y una visera de la que colgaban unas guedejas de pelo ondulado, se mantenía en su lugar con las manos en los bolsillos de la chaqueta y esperaba que apareciese algo. No sabía el qué, pero algo tenía que aparecer.

Su intención era vigilar y observarlo todo. Era consciente de que con su aspecto no podía entrar en el local, el que cuidaba la puerta de entrada no se lo permitiría. Era lo normal, si un cliente tenía toda la apariencia de no poder pagarse ni una comida, mucho menos podría pagar los servicios de una prostituta, pero tampoco quería quitarse su disfraz, hacerse pasar por un cliente y exponer su verdadero aspecto.

Mael sabía que Nicolae había ascendido dentro de la organización. Pasó de ser un captador de muchachas a dirigir, al menos, un prostíbulo en la península. Y aunque había muerto, no tenía ni idea de lo que había sucedido con sus otros guardaespaldas. Si pertenecían todavía a la red y estaban en el interior, lo reconocerían al primer vistazo.

El matón que hacía guardia en la puerta del prostíbulo parecía aburrido, se pasaba la mayor parte de los días y del tiempo apoyado en la pared, estudiando sus uñas. Varias veces a lo largo de la noche sacaba un pequeño peine del bolsillo interior de su cazadora y repeinaba sus cabellos en una complicada postura. A veces buscaba su reflejo en las franjas horizontales de acero inoxidable que adornaban la pared, otras se agachaba doblando las rodi-